

POLÍTICA SOCIAL Y POBREZA INDÍGENA

Olmedo Beluche

A quienes les interesan los estudios sobre la realidad social panameña e indígena les recomiendo sinceramente “*Política social y pobreza indígena. Análisis cualitativo*”, un libro recién publicado por los sociólogos Jorge E. Madrid y Artinelio Hernández, editado por un esfuerzo conjunto de la Universidad de Las Américas (UDELAS) y la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT).

Doy fe de la calidad académica de los autores de este libro, pues les conozco desde hace tiempo, no sólo como amigos y colegas, sino como profesionales de alta valía. Jorge Madrid pertenece a las primeras generaciones de sociólogos egresados de la Universidad de Panamá, poco después de la mía. Artinelio Hernández, lo conocí como uno de los estudiantes más brillantes de la Escuela de Sociología de la misma universidad, y tuve el honor de asesorarle en su tesis de licenciatura.

Esta investigación fue el trabajo de graduación de ambos para su Maestría en Sociología y Ciencia Política, de UDELAS, y constituye un acierto de esta universidad y de la SENACYT darla a conocer al público especializado. Lo elemental que uno puede pedir a un ensayo o libro es que te haga pensar y, debo confesarlo, Jorge y Artinelio me han hecho replantearme muchos de los criterios de los que partí cuando yo mismo trabajé el tema en *Pobreza y Neoliberalismo en Panamá* (1997).

El aporte central y completamente novedoso de Jorge y Artinelio en esta investigación, focalizada sobre el pueblo guna, es cuestionar los criterios desde los cuales se construyen las políticas sociales de nuestros gobiernos, y los mismos conceptos sobre exclusión y pobreza, que no han llevado en cuenta hasta ahora la percepción cultural propia de nuestros pueblos originarios sobre el asunto. La exclusión que supuestamente pretenden combatir las políticas públicas del Estado panameño empieza por su misma construcción conceptual que ignora la “cosmovisión” indígena.

Y aquí es donde Jorge Madrid y Artinelio Hernández han roto el paradigma, ya que se han dirigido a un grupo de comunidades de la Comarca Guna Yala para preguntarles qué consideran ellos que es la pobreza y qué opinan de los principales planes de los gobiernos para combatirla.

Mal puede combatir la pobreza indígena una política social que no ha consultado a los indígenas qué entiende por pobreza, qué tipo de carencias son la que les hace pobres desde su propia perspectiva y, mucho menos, les hace partícipes activos de las soluciones.

Como bien dicen los autores desde el primer capítulo: “*las políticas sociales no pretenden transformar las relaciones sociales básicas entre los gobernantes y los gobernados*”, no cambian el signo de clase del estado capitalista moderno; su objetivo es proporcionar cierto bienestar (paliativos, diríamos nosotros) a “*la población que no logra insertarse en el mercado de bienes y servicios*”.

Las políticas sociales del Estado panameño actual no liberan al pobre de la pobreza, no superan la situación de exclusión, apenas pretenden atenuar los efectos malignos del sistema capitalista para neutralizar la lucha de clases que genera. Ni el

PRODEC, ni Cien a los Setenta, ni la Beca Universal , ni ninguno de los programas implementados en la actualidad ganará la lucha a la pobreza porque no van más allá de sistema capitalista, causante real de la misma. Apenas constituyen una limosna para que los pobres pasen el día y las estadísticas sociales puedan defender a los gobiernos aseverando que se ha bajado la pobreza gracias a los subsidios o transferencias.

Desde la perspectiva indígena, el problema central es que nuestra clase dominante y sus gobiernos no han superado el enfoque colonialista, vigente desde la Conquista hasta hoy, de que “el problema indígena” se soluciona asimilando al indígena a la economía y a la cultura europea occidental, cristiana, españolizada y capitalista. Esta asimilación o dominación política, económica y cultural, muchas viene envuelta en el ropaje aparentemente benigno de la “integración” al sistema.

Lo cual, dicho descarnadamente es la destrucción de las formas de vida de las comunidades originarias, arrancándoles de su tierra (de la que han vivido por generaciones), la destrucción de sus instituciones políticas, la aniquilación de sus tradiciones y de su lengua.

Bajo ese criterio colonialista, las formas de vida de las culturas indígenas son sinónimo de pobreza y exclusión. Por ende, para el Estado burgués, el “combate a la exclusión” implica la destrucción de las formas de vida tradicionales y su asimilación al capitalismo y sus valores, sometiéndolos al trabajo asalariado, a la economía de mercado (con una política minera o producción agrícola y ganadera gran escala, tipo haciendas), a la educación en la lengua de los colonialistas, el español; a la forma de vida de las ciudades y a los valores “occidentales”. En una frase, hay que “civilizar” al indígena.

Es la misma política, bajo nuevas formas, que ejecutó el imperio colonial español al enviar al cura doctrinero para bajar a los indígenas de la montaña, instruirlos en la fe católica, asentarlos en un pueblo indígena bajo la jurisdicción de la monarquía y como fuente de mano de obra barata para hacendados y mineros. La envoltura ha cambiado pero los métodos siguen siendo similares. Ello explica la gran resistencia indígena a la política del Estado panameño, como la surgida el presente año contra el Código Minero y la defensa de sus instituciones políticas tradicionales, amenazadas por el sistema político bajo el disfraz de “democracia”.

Reseño algunos datos emanados de la investigación de Madrid y Hernández que sin duda darán mucho que pensar respecto a lo dicho: Frente a la pregunta “*Qué es la pobreza para usted?*” (Cuadro 3.1), prevalecieron respuestas como: “*mujeres que tienen muchos hijos*”, “*no tiene tierra para trabajarla*”, “*duerme fuera de casa*”, “*no trabajan la siembra y cosecha*”, “*no tiene a la familia cerca*”, “*tiene poco o nada de cariño*”, “*no valora el campo*”, “*carecer de amor*”, y por ahí apareció, pero no como lo primordial “*falta de dinero*”.

Frente a la pregunta: “*¿Usted está de acuerdo en que los Kunas son pobres?*”, para asombro de muchos especialistas, el 79% de los encuestados contestó que NO!. Lo cual choca de frente con los resultados de las Encuestas de Niveles de Vida, realizadas por el MEF bajo asesoría del Banco Mundial, para quienes la pobreza indígena supera el 80%.

El problema es el criterio sobre el cual descansa el concepto, generalmente usando el de línea de pobreza, que se sustenta sobre la medición cuantificada en dinero del ingreso o consumo (familiar y personal). No vamos a entrar aquí al debate de que generalmente el Banco Mundial tira su línea en base a un dólar diario por persona, o a la de la CEPAL, que en 2008 la fijó en B/. 1.47 diarios de gasto en comida diario para trazar la línea de extrema pobreza urbana. Ambos criterios muy por debajo de la realidad, para buscar falsas conclusiones de disminución de la pobreza, causando la impresión de que las políticas neoliberales están mejorando nuestras vidas, excluyendo de la medición a muchos que sí lo son por insuficiencia de ingresos.

Acá el problema es que los valores tradicionales gunas indican claramente que no se basan en los valores capitalistas occidentales, siempre marcados por el mercado, o sea, el dinero; por ende, vivir decorosamente no depende tanto del dinero, sino de la posibilidad de acceder a la tierra y sus frutos, de trabajarla, de compartir con la familia y la comunidad la solidaridad y la cooperación, y junto con ello, el afecto y el amor.

Incluso desde otra metodología, la de las Necesidades Básicas Insatisfechas, usual en los Censos de Población y Vivienda, una casa de quincha o paja, es un indicador de pobreza. Pero en realidad no es así, porque todo depende de la cultura predominante. Por supuesto que, para quienes habitan las grandes ciudades sometidas al mercado capitalista y sus valores económicos y culturales, ese tipo de construcción habitacional debe ser un indicador de pobreza, pues no es la norma del mercado inmobiliario (que son las casas de bloques de cemento y antes madera). Pero en una cultura tradicional, no sujeta a la explotación del mercado, una vivienda de bambú y paja no es necesariamente un indicio de pobreza.

El mismo problema se presenta para otros objetos de consumo, como pueden ser los hábitos alimenticios. El criterio de medición debe tener en cuenta la cultura prevaleciente. Pero si los instrumentos de medición, como las encuestas, y la base conceptual pretende imponer la monoculturalidad, por supuesto que todos los productos de la cultura tradicional indígena van a chocar con los del mercado capitalista industrial, y por ende serán desde esa perspectiva globalizados como indicadores de pobreza y, aunque no lo digan en público, de falta de “civilización” o “barbarie”. De ahí la importancia de la lectura crítica que han planteado Madrid y Hernández.

“¿Por qué no son pobres los gunas?” (Cuadro 3.2). Respuestas: *“Poseen recursos naturales”, “Tenemos territorios”, “Nadie anda pidiendo dinero en la calle”, “Todos nos apoyamos”, “Contamos con mucha riqueza de tierra y mar”, “Dios me dio la cordillera para trabajar, mar para pescar y casa para dormir”, “Nuestra pobreza no está ligada al dinero”, “Tenemos cultura y somos libres”.*

“¿Cuándo considera usted que una persona es pobre?”. Sólo el 15% de las respuestas asociaron esta situación con la falta de dinero para comprar comida. La mayoría la asoció con la falta de tierras o las malas cosechas.

Queda evidenciado el choque cultural también en este aspecto inesperado, las políticas sociales y la pobreza. Como sugieren Jorge y Artinello desde esta investigación en adelante, los organismos y especialistas deben reenfocar con un criterio de interculturalidad los estudios sobre pobreza y niveles de vida.

Queda evidenciado también que, por boca de sus propios protagonistas, las políticas sociales enfocadas a la población indígena, si quieren ser efectivas, deben partir por: el respeto a los territorios indígenas (las comarcas), el respeto a sus tradiciones culturales, empezando por el idioma y la efectiva implementación de la educación bilingüe, el respeto a sus autoridades tradicionales y la autonomía.

Queda evidenciado, además, que es una contradicción de los gobiernos afirmar que se interesan en combatir la pobreza indígena pero pretenden la destrucción de sus formas de vida, de su separación de la tierra y el bosque que les dan sustento, con la asimilación cultural, la introducción de criterios de mercado y el saqueo de sus recursos naturales, en especial con la minería, la más perniciosa de todas las formas culturales del capitalismo industrial.

Por motivos de espacio y tiempo nos detenemos aquí, pero advirtiendo que el libro “Política social y pobreza indígena”, de Jorge Madrid y Artinelio Hernández, da para muchas más reflexiones. Por ello lo recomiendo sinceramente como un instrumento valioso de consulta en estos temas.

12 de diciembre de 2011.